

con encargo de no mover cuestion sobre la palabra *consustancial*, sino abrazar sin modificacion la creencia y comunión de la Iglesia Romana.

No hallaron los diputados en Italia á Valentiniano, ni osaron pasar á las Galias, porque la guerra con los bárbaros hacia muy peligrosos los caminos; y así, dirigiendo todas sus miras al Sumo Pontífice, le entregaron al punto sus cartas credenciales. Temía Liberio alguna nueva sorpresa de estos orientales, á quienes miraba como hereges peligrosos; mas le testificaron que su alma siempre habia abominado el error; que no habian hallado mejor medio de cortar el escándalo que venir personalmente á confesar la fé de un modo uniforme con la madre de todas las iglesias: que conocian por último la urgente necesidad de adherirse á los santos decretos de Nicea, no solo en la sustancia de las cosas, sino tambien en las palabras tan sábiamente empleadas contra la perfidia de los arrianos; y que su conducta debia parecer tanto mas íntegra cuanto habian confesado siempre que el Hijo de Dios es semejante en todo al Padre; lo que era creerle efectivamente consustancial, como lo confesaban ahora espresamente.

El Pontífice les pidió su profesion de fé por escrito, y la dieron como hoy existe: en ella transcriben á la letra el símbolo de Nicea, y condenan todas las heregias y todos los hereges, añadiendo una cosa digna de notarse por la relacion que tiene con nuestras formalidades jurídicas y con nuestros usos. «Si en lo sucesivo, dicen, intentase alguno acusacion contra nosotros ó contra los que nos han enviado, venga con cartas de vuestra Santidad ante obispos ortodoxos: sufra con nosotros el juicio de los que vos nombraís, y al que se le convenza, castigúesele.» Por esto se ve que, á pesar de los disturbios del Oriente, no dejaba de reconocerse la autoridad del Papa. A vista de estas

seguridades admitió Liberio á los semiarrianos arrepentidos á su comunión, y no sabemos que los inquietase sobre el dogma del Espíritu Santo, ya porque las reliquias del partido no se hubiesen explicado aun sobre este artículo del modo que lo hicieron despues y que les atrajo la condenacion auténtica de toda la Iglesia, ó mas bien porque hubiese mirado la recepcion pura y simple del símbolo de Nicea, por medio de sus comisarios, como una confesion suficiente de este punto de fé. Los envió pues en paz con una Epístola dirigida en particular á sesenta y cuatro obispos semiarrianos ó macedonianos, y en general á todos los prelados católicos del Oriente. Deciales en ella que todos los que habian sido sorprendidos ó violentados en Rimini habian vuelto casi sin escepcion á la profesion de la buena doctrina, y que habian anatematizado formalmente la esposicion de este pernicioso Concilio, suscribiendo á la fé de Nicea, y mostrando la mas viva indignacion contra Arrio y sus sectarios.

Algun tiempo despues de este feliz suceso, á 24 de setiembre del año 366, murió el Papa Liberio, y finalizó su carrera con toda la gloria que habia ilustrado un pontificado de mas de catorce años; gloria que ninguna debilidad, ni aun pasajera, ha podido oscurecer. Aun respecto de los que admiten su caída, creen se halla reparada esta debilidad pasajera por tantos rasgos de un valor perfectamente sostenido despues de su arrepentimiento, tanto que San Basilio, San Ambrosio y otros doctores de igual autoridad le dan el titulo de bienaventurado; y en efecto, se venera como Santo en algunas iglesias (1). Pocos dias despues de la muerte de Liberio fué elegido para sucederle Dámaso, español de nacimiento, cuyo padre mereció ser promovido al grado de sacerdo-

(1) Apud Bolland. Mens. Septemb.

te de la Iglesia Romana. Contaba á la sazón mas de sesenta años, en los cuales habia dado continuos ejemplos de ingenio y virtud y de puro amor á los sanos y rectos principios. Mas á pesar de este mérito tan singular de Dámaso, creyóse injustamente pospuesto el diácono Ursino, y reuniendo una tropa de sediciosos dispuso que contra todas las reglas le consagrasen obispo de Roma; pero la mayor y mas sana parte del pueblo siguió á Dámaso, cuya eleccion prevaleció, no sin disensiones y aun derramamiento de sangre. Al fin el emperador usó de su autoridad para sostener al Pontífice legítimo, y arrojó al sedicioso Ursino.

Principiaba ya el Pontificado á ser una dignidad de mucho esplendor, y por consiguiente á escitar la ambicion y codicia. Amiano Marcelino, contando la historia de este cisma, dice: «no me admiro de que los que pretenden el Pontificado de los cristianos hagan los mayores esfuerzos para alcanzarle; pues los constituye en un estado fijo de honor y fortuna, en el cual las oblaciones de las señoras de Roma les procuran riquezas inagotables. En público no salen sino con equipajes magníficos, ni se presentan sino vestidos magestuosamente; y la delicadeza de su mesa compite con la de los reyes (1).» Échase de ver en este tono amargo que aquel autor gentil consultaba mas á su malignidad y á sus preocupaciones que á la verdad. Tambien Pretextato, electo cónsul, dijo al Papa Dámaso, que le exhortaba á convertirse: «cededme vuestra dignidad y al punto seré cristiano.» Cuanto puede colegirse prudentemente de estas hipóboles irónicas es que ya entonces el Pontificado estaba revestido de cierta magnificencia. Marcelino hace mas justicia á diferentes prelados y dice que por su frugalidad, por la modestia de sus vestidos y de

todo su exterior, eran á un mismo tiempo recomendables al Dios supremo y á sus verdaderos adoradores. Sin embargo, es preciso confesar que habia entonces muchos eclesiásticos justamente sospechosos de ambicion y codicia.

Existe una ley publicada en este tiempo por Valentiniano, en la que para cortar de raíz estos vicios prohibia á los clérigos recibir cosa alguna de las mugeres cuyas conciencias dirigian, ni por donacion actual ni por testamento (a). San Gerónimo por su parte con San Ambrosio, clama segun el verdadero espíritu de la Iglesia en todos los tiempos contra la devocion interesada, que con pretexto de estas amistades espirituales rompía los lazos de la naturaleza, sustituyendo herederos estraños á los herederos naturales. «No me quejo, dice, de la ley que humilla á los clérigos, forzándolos al desinterés eclesiástico; pero me duelo mucho de que haya quien la merezca, y de que sea indispensable obligarnos, como á pesar nuestro, á reunir mas bien tesoros para el cielo que para esta vida percedera.»

Introducíase Valente de una manera totalmente diversa á la de Valentiniano en los asuntos de la Iglesia. Los diputados del Concilio de Lámpsaco á su vuelta desde Italia á Oriente encontraron á sus compañeros reunidos de nuevo en Concilio en la ciudad de Tiana; colmáronlos de alegría con la relacion de lo que acababan de concluir en Roma, y con las Epístolas que llevaban, así de la Sede Apostólica, como de los obispos de Occidente. Escribieron los padres de Tiana inmediatamente á todos los prelados Orientales, participándoles las instrucciones del Vicario de Jesucristo, y presentándoles los ejemplos de la hermosa porcion del episcopado que gobernaba las flo-

(a) No dice la ley *alas mugeres cuya conciencia dirigian* sino *mulieres cui se privatim sub prelectu*

(1) Ammian. Marcel. lib. 27, cap. 3.



recientes Iglesias de Occidente (1). Decíanles: «os rogamos, muy amados hermanos nuestros, que atendais á la multitud tan digna de consideracion en este punto, y vereis que estos irreprehensibles pastores son incomparablemente mas numerosos que los de Rimini.» Tambien les exhortaban á que acudiesen á la ciudad de Tarsó para confirmar alli generalmente la fé de Nicea y terminar todos los escándalos de la division. Tan solo cerca de treinta y cuatro obispos asiáticos reunidos en un lugar de Caria, cuyo nombre no sabemos, siguieron desechando la palabra *consustancial*, insistiendo siempre en la confesion de fé de Seleucia y de la Dedicacion de Antioquia, la mas respetable en su concepto, teniéndola por obra del célebre mártir San Luciano, á quien vemos que aun la atribuian.

Hubiera sido en estas circunstancias un golpe mortal para los anomeos celebrar un gran Concilio, como lo conoció Eudocio de Constantinopla, y lo manifestó al emperador, suplicándole que se opusiese con todo su poder á la celebracion del Concilio de Tarsó. Valente no solo prohibió á los obispos el reunirse, sino que echó de sus Iglesias á los que siendo depuestos en tiempo de Constanzo, habian vuelto á sus sillas en el de Juliano. Esta es la época de la persecucion declarada de Valente, el cual envió sus órdenes implas á los gobernadores de las provincias, y temiendo no encontrar en ellos bastante valor para la ejecucion, decretó multas considerables, y aun castigos corporales, contra los magistrados y oficiales que mostrasen en esto el menor desecuido.

Taciano, prefecto de Egipto, creyó que

*religionis adjunxerant;* y es evidente que no es lo mismo una cosa que otra. Puede verse esta ley en Baronio an. 370. (N. del E.)

(1) Basil. Ep. 7 y 83.

debía quitar al punto la Iglesia á San Atanasio, y desterrarle de Alejandria; pero la indignacion del pueblo católico se colmó al ver tantas veces perseguido un pastor tan benemérito. Hicieronse algunas representaciones; pero viendo que eran inútiles, tumultuóse la ciudad, reuniéronse por doquiera los ciudadanos, y de tal modo, que para estallar la sedicion no faltaba mas que hacer el menor insulto al patriarca. Dejóle muy tranquilo por muchos dias el astuto prefecto; pero por fin él mismo en persona y el comandante de las tropas se apoderaron súbitamente por la noche de la Iglesia en donde el Santo hacia su mansion ordinaria. Le buscaron por todas partes hasta en los mas secretos rincones; mas ya fueso por que le avigaron particularmente, ó por medio de un ángel, como por entonces se dijo, lo cierto es que huyó á tiempo. En esta cuarta espulsion fué á ocultarse en el sepulcro de sus padres. Estos sepulcros los tenían los egipcios á campo abierto en sus mas bellas edificaciones, donde fabricaban muchos templos y diversos retiros. El santo obispo, incapaz de fomentar de ningún modo la conmocion popular, se retiró á este sitio en el momento que pudo hacerlo en secreto. Vivió alli cuatro meses; al fin de los cuales dió Valente órdenes espresas para que volviese á Alejandria, ya porque temia exasperar el ánimo del emperador su hermano y de tantos otros admiradores que tenia Atanasio entre los grandes del imperio, ó ya porque los arrianos mismos temiesen los recursos de este gran talento, capaz, si se le perseguia con demasiada obstinacion, de acudir como en otro tiempo á los emperadores y convencer quizás al mismo Valente. Por lo menos es cierto que se libró de esta postrera persecucion; y que despues de la hontosa pasagera que acabamos de contar, vivió tranquilamente en su Iglesia hasta el fin de su vida, mientras que los de-

mas prelados ortodoxos padecian las mas horrosas tormentas.

En efecto, tres años despues llegaron estas á lo sumo de la violencia; es decir, despues que el emperador arriano alcanzó ventajas considerables sobre los godos, y se li-songeó falsamente de que nada tenia ya que temer por esa parte. Antes de marchar contra ellos, y llevado de una piedad mas propia para provocar las maldiciones del cielo que para atraer sus bendiciones, habia querido recibir el bautismo de manos de Eudocio, aquel herege desalmado que talaba la Iglesia de la capital, y en cuanto podia las de las provincias. El corruptor mandó á Valente en la misma ceremonia jurar que seguiria inviolablemente su doctrina, y que perseguiria de continuo á cuantos fuesen contrarios á ella (1). Asi se consagró solemnemente aquel príncipe al mas duro arrianismo, cuyos primeros principios habia recibido de la princesa Alba Dominica su esposa. Esta era la tercerá emperatriz entregada á los arrianos; la hermana de Constantino, que fué la primera, hizo todos sus esfuerzos para pervertirle, y Eusebia lo consiguió con su esposo Constanzo, obrando todas tres con cierta especie de buena fé, y engañadas por la máscara de virtud que el sexo, naturalmente devoto y fácil, no imagina compatible con la heregia. De tal manera se dejó preocupar Valente que desecuidó los intereses políticos de mas importancia. El herege Eunomio, á quien ya vimos en la lid, habia sido condenado á destierro como cómplice en crímenes de Estado; y pasando por Mursa para ir á su destierro, procuró avocarse con el obispo que era arriano como él. El emperador se hallaba á la sazón en aquella ciudad por estar contigua al pais de los godos, acompañado de Domnino de Marcianópolis.

lis, tambien arriano. Representáronle estos dos obispos, que Eunomio habia sido calumniado, y sorprendieron de tal modo á este príncipe inconsecuente, que revocó la condenacion del culpable, y aun pareció mostrarse afecto á él; pero temiendo el ambicioso obispo de Constantinopla que se disminuyese su propio crédito, y pudiendo mas en él su interés personal que el de la secta, se valió de la intriga para alejar á este otro intrigante.

Por este tiempo en que la necesidad de los negocios alejaba á Valente del centro del imperio, se cree haberse celebrado el Concilio de Laodicea, cuyos sesenta y siete cánones de disciplina que en él se hicieron, son muy célebres en la antigüedad. Principalmente tratan de los ritos eclesiásticos y de la vida clerical; mas debe notarse especialmente la distincion interesante que ponen entre las órdenes mayores y menores. Prohibese tambien establecer obispos en los lugares y aldeas, lo que supone evidentemente que eran ya muchos en los pueblos pequeños, que por consiguiente habia entonces un número sin comparacion mayor que ahora, y que nada es mas verosímil que lo que se ha visto de la gran multitud de obispos que por todo el mundo cristiano se preservaron de la prevaricacion de Rimini. Se prohibe elevar al sacerdocio á los recién bautizados, y se manda que los subdiaconos no toquen los vasos sagrados, ni lleven el *orarium*, que era un lienzo puesto al rededor del cuello, de donde nos vino la estola. Prohibese á los clérigos la entrada en las tabernas, y los bailes, los espectáculos y todas las diversiones tumultuosas ó muy vivas, juzgándolas como incompatibles con la pureza, reserva y recogimiento debidos á un ministerio mas digno de ángeles que de hombres.

A todos los fieles se les veda judaizar, celebrando el sábado, y se les ordena tra-

(1) Hieronym. in Chron. ann. 368.



bajar en este día y preferirle el domingo, que procurarán santificar como verdaderos cristianos, tanto con la pureza del corazón y con las obras buenas, como suspendiendo las obras serviles. Puede de aquí inferirse la profunda y duradera impresión que había hecho en los ánimos la obstinación de los cristianos judaizantes, ó de los judíos semi-cristianos, cuyo escándalo, aun despues de tres siglos, era objeto de la animadversión de la Iglesia. Mientras la Cuaresma no se debían celebrar las fiestas de los mártires (1). Prohibese con pena de excomunion comunicar *in sacris*, es decir, en cosas de Religión, con los hereges, y aun el contraer matrimonio con ellos. Los fieles que no se contentaron con las primeras nupcias, deben sufrir alguna penitencia en ayunos y oraciones antes de ser admitidos á la comunión: este rigor nunca le adoptó la Iglesia latina, á lo menos contra las segundas nupcias. Concluyó el Concilio de Laodicea sus cánones con un catálogo de los libros sagrados, como le tenemos hoy, si se exceptúan algunas omisiones: pues en el antiguo Testamento no cuenta los libros de Judith, Tobias, de la Sabiduria, del Eclesiástico y los Macabéos, y en el nuevo solo omite el Apocalipsi. Algunas iglesias particulares

(1) Pero de que un Concilio particular de Oriente haya prohibido en otro tiempo celebrar en Cuaresma fiestas que llevaran consigo gran solemnidad y extraordinario concurso de forasteros, no debe concluirse que fuera, excusable hoy quitar de la Cuaresma toda especie de fiestas, á pesar de las Bulas de muchos Papas que prohiben variar el orden del Calendario (a).

(a) Efectivamente, pues debe tenerse en cuenta que si bien lo que es de mera disciplina en la Iglesia puede variarse, á diferencia del dogma que siempre es invariable, debe hacerse esa variación por la autoridad competente; y no es dado á un clérigo, á un obispo particular, hacer esas variaciones aun á pretexto de restablecer lo antiguo. Un Concilio ecuménico ó la Santa Sede podrán efectuarlo, cuando lo estime conveniente. Quien obrare de otro modo será un novador condenado por la Iglesia. Véanse las interesantes disertaciones del abate Zaccaria tituladas *Dejemos las cosas como están*, y *Dad al César lo que es del César*, en las que trata con su acostumbrada erudición de la mutabilidad de la disciplina, y de la potestad reguladora de ella. (N. del E.)

había que, sin desechar estas Escrituras, dudaban aun de su autoridad, la que en lo sucesivo fué examinada y plenamente confirmada.

No guardó Valente miramiento alguno con los ortodoxos luego que redujo á los bárbaros á que pidiesen la paz; y aun persiguió á San Bretanion, obispo de los scitas, cuando el ejército romano se hallaba todavía en las inmediaciones de los enemigos que acababa de sujetar. Gobernaba este fervoroso pastor por sí solo toda su nación, según la costumbre establecida para estos pueblos. Residia en Tomi, capital de la Scitia, sujeta á los romanos, sobre la costa occidental del mar Negro hácia la embocadura del Danubio. Obstinóse Valente en hacerle comunicar con sus arrianos, y un día festivo fué á la iglesia acompañado de Eudasio de Constantinopla. Había en ella un pueblo inmenso que concurrió para ver al emperador. San Bretanion profesó y defendió con valor la fé de Nicea, y condenando por via de hecho todo trato con los hereges, salió súbitamente de aquella iglesia y pasó á otra; y fué seguido tan generalmente de sus ovejas, que el príncipe quedó solo con su comitiva. Irritado con esta afrenta, mandó prender al obispo y le desterró; pero atendiendo á lo mucho que podía temer de una nación tan feroz como los scitas y tan provechosa por otra parte á los romanos en aquella frontera, inmediatamente le hizo volver á su iglesia. No mostró menos celo que este obispo, por la causa común de los fieles, uno de los principales oficiales del emperador. Terencio, así se llamaba, suplicó á Valente por única recompensa de sus dilatados servicios que concediese una iglesia á los católicos; pero la contestación que le dió fué romper el memorial. Recogió el religioso oficial los pedazos diciendo: «Señor, estoy contento; pero no dejaré de recibir mi recompensa, y

estos pedazos la recomendarán á nuestro comun Soberano (1).

Apenas había acabado Valente la guerra de los godos, cuando tuvo precisión de volver contra los persas. Descansó solamente algunos meses en Constantinopla, y partió para Antioquia á principios del año 370. Al llegar á Nicomedia supo la muerte de Eudasio, que se había quedado en Constantinopla; el cual, por una larga transgresion de los cánones, había sido primeramente obispo de Germanicia, despues de Antioquia, y por fin de la ciudad imperial. Los hereges, cuya añeja costumbre es declamar con gran calor contra la relajación, pero que solo la combaten de palabra, ó cuando creen verla en sus enemigos, establecieron, por una nueva transgresion, en lugar de Eudasio á Demófilo de Berea, aquel mismo que hizo tantos esfuerzos para seducir á Liberio, lo cual, si el hecho hubiera sido cierto, no habría sido de poca recomendación á los ojos de la secta; empero la multitud, en vez de saludar esta decisión con las aclamaciones acostumbradas, mostró la mayor indignación y desprecio. Eligieron los ortodoxos otro candidato diverso de todo punto, llamado Evagrio, cuya memoria venera la Iglesia; pero al momento fué confinado, y se cree que murió en el destierro.

Entonces no omitió la persecucion ningún género de malos tratamientos. Fueron arrastrados á las cárceles y á los tribunales los católicos de mas nombradía, condenados á pagar gruesas multas y heridos con la mas inhumana crueldad. Hubo en Constantinopla una multitud de mártires, de los cuales el mas famoso era San Eulogio, de quien con todos los demas hace la Iglesia conmemoración el día 5 de julio. Los católicos, para quejarse de estos excesos, enviaron al emperador, que estaba aun en Nicomedia,

(1) Theodoret, *hist. lib. 4, cap. 32.*

una diputación numerosa, compuesta, dicen, de ochenta eclesiásticos, cuyas representaciones no sirvieron mas que para exasperar al tirano; pero pudiendo aun mas el temor que el odio ó el furor de la cólera, disimuló, y dió órdenes muy secretas para matar á todos los diputados. Sus indignos ministros fingieron que los confinaban, para lo cual los embarcaron en un navio viejo, al que los marineros tenían orden de pegar fuego cuando estuviesen en alta mar. Apenas habían salido del golfo de Nicomedia, cuando principió á arder el bagel, y huyeron de él los marineros, salvándose en la chalupa. El viento alejó de la costa el buque incendiado, y acabó de consumirse con los ochenta mártires que venera la Iglesia el día 5 de setiembre (1).

Desde Nicomedia penetró Valente en las principales provincias del Oriente, llevando delante de sí el terror y la consternación. A su arribo todas las iglesias estaban llenas de escándalos, de turbaciones y de horrores; mas sobre todo en Galacia pudieron sus emisarios gloriarse bárbaramente de sus funestos sucesos. Las propias esperanzas tenían respecto de la Capadocia; pero Basilio acudió al socorro del metropolitano Eusebio á pesar de los disgustos que de él había recibido. Habiale avisado su amigo Gregorio del riesgo en que estaba la ciudad de Cesarea, haciéndole saber que los hereges conspiraban de comun acuerdo contra esta brillante iglesia, que ya habían llegado unos, y que se esperaba de día en día á los otros: en fin, que la doctrina de la salvación corría los mayores peligros. Ofrecióse á acompañar á Basilio y esponerse con él á los mismos trabajos; y con efecto partió con su piadoso amigo, á quien no fué menester rogar mucho, pudiendo mas en su alma las necesida-

(1) Theod. lib. 4, cap. 24.